

Martín GONZÁLEZ DEL VALLE, *Los molinos de papel de la villa de La Adrada (Ávila)*. Presentación de Sebastián González Vázquez y prólogo de Gonzalo Anes. Ávila, Sociedad de Estudios del Valle del Tiétar, 2002. 92 págs.

La historia de la industria española en la Edad Moderna está todavía por hacer. En las últimas décadas se han publicado importantes estudios, pero faltan aún investigaciones locales y regionales de muchas actividades, y también trabajos de síntesis y generales sobre la mayoría de las industrias. Es una historia en la que es fundamental desentrañar la biografía de los empresarios o promotores (cosa que pocas veces se hace); las técnicas de trabajo, así como las características de las máquinas y las instalaciones fabriles; los técnicos y trabajadores, y, por supuesto, su contexto geográfico, social y económico. A menudo, se han despachado estas industrias con el calificativo de «rústicas» o «domésticas», y, aunque es verdad que en algunos casos son actividades de cortas miras y dependientes de economías de subsistencia muy precarias, en general se trata de industrias muy complejas.

Las industrias a las que nos estamos refiriendo eran especialmente las dedicadas a las ramas de la molienda de harina, la confección textil, los curtidos, el hierro, el cobre y otros metales, el papel o la pólvora. Todas ellas eran actividades fabriles movidas por la fuerza del agua o con gran necesidad de este elemento para su funcionamiento.

La historia del papel y de la industria papelera en España se conoce bien gracias a estudios generales como los de Oriol Valls i Subirá, *La historia del papel en España* (1978) y de Ignacio González Tascón, *Fábricas hidráulicas españolas* (1987), pero faltan aún esas investigaciones locales y regionales en las que se detalle la historia y las vicisitudes de las fábricas de papel. Por eso, libros como el de Martín González del Valle sobre los molinos de papel de la villa de La Adrada (Ávila), son una aportación modesta pero valiosa, para el conocimiento de una industria de la que todavía se desconocen bastantes pormenores. Es curioso, y a la vez representativo de estos estudios, cómo llega el autor a interesarse por esta industria y estos molinos, y es sencillamente porque en 1985 él y su mujer compran la ruina de uno de estos edificios para convertirla en residencia de descanso. Todo va encadenado: el reconocimiento de la ruina, el escaso conocimiento de la historia de la industria papelera en esa comarca y la curiosidad del autor por documentarla.

La villa de La Adrada está en la vertiente meridional de la sierra de Gredos, en la cabecera del valle del río Tiétar. La localización de esta industria en la

misma cabecera del río, donde se levantan en diferentes momentos de los siglos XVII y XVIII ocho molinos de papel, algunos en gargantas de muy difícil acceso, tiene su razón de ser en la necesidad de contar con un agua muy limpia para la fabricación del papel. Por eso los molinos de esta clase buscan las cabeceras de los ríos, porque por encima de ellos no podía haber batanes, ni tenerías, ni poblaciones que ensuciasen o enturbiasen el agua que servía para lavar la pasta de papel.

En el libro se trata el inicio de la industria papelera en el lugar, promovida por los monjes del monasterio de El Escorial en el siglo XVII, que fabricaban un papel de poca calidad destinado casi en su totalidad a la impresión en Toledo de las bulas de la Santa Cruzada. En esa centuria, el papel que se elaboraba en España a partir de trapos era en general de poca calidad, y el buen papel se importaba de Italia, Holanda o Francia. En los primeros años del siglo XVIII la fabricación de papel cambia en La Adrada como consecuencia de la política reformista de Felipe V, que tiene entre uno de sus objetivos evitar la importación de productos de primera necesidad, y el papel de calidad comienza a ser uno de estos productos debido a su creciente demanda. Surge entonces en La Adrada la figura de Diego Ramírez de Loaysa, natural de la villa de Torrelaguna y vecino de la de Cadalso de los Vidrios, ambas en la provincia de Madrid, que adquiere dos molinos y solicita y obtiene en 1714 un real privilegio con grandes ventajas para fabricar «papel fino, de impresión y marquilla, y demás fuertes, que imiten al que introducen extranjeros». Para ello reedifica esas dos fábricas y trae técnicos genoveses y franceses para hacerse cargo de la industria. Ramírez se encontró con la oposición de los dueños de otros molinos y de los monjes de El Escorial, que se quejan ante el rey de sus privilegios. La oposición debió hacer mella en este reformador, que en 1720 vende sus molinos a los monjes y se retira del negocio, sin dejar mucho rastro de su vida que es en gran parte una incógnita. Las características humanas y vitales de este industrial nos recuerdan a otros personajes similares que vivieron en el siglo XVIII español, entre los que destacaron el navarro Juan de Goyeneche, promotor del Nuevo Baztán en el que también se construyó una fábrica de papel a principios de ese siglo, y Antonio Raimundo Ibañez, impulsor de las fábricas de Sargadelos a finales de la centuria. La actividad de Ramírez de Loaysa duró sólo siete años, pero fue tiempo suficiente para cambiar la industria papelera de La Adrada. La fabricación de papel seguirá hasta mediados del siglo XIX en gran medida dirigida por los monjes de El Escorial, que no explotaban directamente los molinos de su propiedad, sino que los arrendaban a industriales.

González del Valle relata la historia de la industria hasta su final, localiza y describe los restos arqueológicos de los molinos que aún se mantienen en pie,

menciona a varias familias vinculadas a este negocio y estudia alguna de ellas. Llama la atención la presencia de extranjeros, algunos seguramente descendientes de aquellos franceses y genoveses que trajo Ramírez, así como de alemanes y también de catalanes, pues en Cataluña ya desde la Edad Media se desarrolló una industria papelera muy importante. El autor analiza las repercusiones laborales y económicas de estos ocho molinos en la comarca, y anota al final de la obra el proceso de fabricación del papel. El libro se completa con un apéndice documental en el que se reproduce íntegramente el privilegio otorgado a Ramírez de Loaysa en 1714.

JUACO LÓPEZ ÁLVAREZ